



## Domingo a la noche

**Guillermo Madeiro Bonelli. Uruguay. 22 años**

Guillermo vive en Montevideo, Uruguay. Estudió cine y en estos momentos se encuentra escribiendo su primera película. Para vivir, Guillermo escribe. Para *sobrevivir* trabaja, edita *videos*. Es domingo, por la noche. Desorden en la casa, alcohol, muebles con ideas propias, ruido, risas, diversión. Qué importa que la felicidad no sea ésta. Tiene una cita y no tiene tiempo para perder. Es domingo.



## Domingo a la noche

Guillermo Madeiro Bonelli

Con la mano derecha agarré el asa de la puerta del ropero. Luego apoyé la palma de la izquierda sobre la pared amarilla y tiré hacia mí con todas mis fuerzas. No había chances, tampoco crujidos. La puerta estaba ahí, inmóvil, sin ganas de abrirse. Cerrada hasta el final, esa era su sentencia y yo no podía hacer nada para cambiar esa postura. Tenía que conseguir el *jean*, no podía rendirme con una estúpida puerta de madera, fría, marrón, manchada y callada. Dura.

—No me vas a ganar, hija de puta —le grité haciéndome el retador. No hubo respuesta. Entonces vino la desesperación, cerré los puños, me miré los nudillos, apreté los dientes y comencé. Creo que fueron cinco o seis puñetazos sucesivos. Ella se rió huecamente, ingenuamente, yo ya sabía que la iba a domar. Pero me faltaba lo de siempre, calma, paciencia. Y necesitaba tiempo para conseguir esas cosas. ¿Cuánto tiempo?, no sé, minutos, horas, tal vez la vida entera. Lo que me quedaba por el momento eran cinco minutos. Sí, tenía tan sólo cinco minutos para solucionar un problema que, más que de puertas, se trataba de la vida. Era lo mismo, esa puerta era mi vida esa nohcecita de domingo.

Empecé agachándome, después terminé acostado en el piso boca arriba. El piso de parqué estaba duro, también frío, y la puerta, allá arriba, me daba un poco de miedo. Parecía que se iba a lanzar sobre mí con la intención de aplastarme, primero, para después humillarme. Pero sólo parecía, nadie más estaba allí ¿cómo iba a humillarme entonces?, aparte yo ya conocía las reglas de juego. Un juego para ella, que fue quien las puso, no para mí; jugar es divertirse y yo no me estaba divirtiendo. Las reglas dictaban que la puerta debía permanecer inmóvil, era yo el único que tenía permitido el movimiento. Tenía que ser inteligente en su uso.

Me aburrí de mirarla. No sé por qué pero en todo lo que hago siempre termino igual: aburrido. Busqué un cambio de posición para poder vivir los próximos segundos de otra manera. De boca arriba pasé a boca abajo. Tenía la camisa desprendida y mi pecho era vulnerable a la frialdad invulnerable del piso.

Estaba frente a un vasto muro de parqué. Era algo así como una pared construida con pedacitos iguales de madera que habían aprendido a formarse entre sí en una escuela militar de ladrillos. Me vino a la cabeza una banda de rock and roll: Pink Floyd. Me acordé de «The Wall». Me pareció que la canción iba bien con el momento y tuve ganas de escucharla. Sabía que tenía el disco en algún lugar de la casa, pero me daba pereza buscarlo. Entonces, tarareé el estribillo repitiendo la sílaba «na». Problemas con el inglés.

La disposición de las piezas de madera sobre el suelo evidenciaba que alguien, que ahora seguramente ya no vivía, había tenido que realizar una ardua tarea de matemáticas para calcular cuántas piecitas cabían exactamente en la superficie de la habitación. Algún día, ya olvidado, esto fue el trabajo de una persona (que debe haber sido de sexo masculino), pero seguro que hubo más en la labor. Tal vez, un desconocido del tipo anterior, supongo que también muerto, que se tomó el tiempo de cortar todas las piezas a la misma medida, una mano mía abierta de largo por la mitad de mi dedo índice de ancho; otro que se encargó de lijarlas y lustrarlas, aunque capaz que fue el mismo que el que las cortó, o si no fue un niño lustrador de zapatos; y alguno más que se pasó días martillando para clavarlas una por una sobre el piso de cemento. Me imagino al último tipo martillando, marcando ritmos, dejando marcas, lo veo acostado, en la misma posición que estaba yo en ese momento. Sospecho que el ruido de los martillazos le rompía la cabeza. También que armaba rompecabezas. Se colgaba a mirar

las manchas en la madera porque para él su trabajo era algo muy similar a armar un puzzle. Había que juntar las manchas parecidas. El piso de mi cuarto es una verdadera obra de arte hecha en grupo, aunque por personas que nunca en su puta vida intercambiaron caras, ni siquiera caras aburridas. Qué feo debe ser para un clavador de parqués no poder disfrutar de la sensación de ponerle cara de culo al señor lustra-piezas por haber dejado astillas afiladas en la parte de atrás de algunos parqués.

Mi piso un día fue totalmente regular, ya no. Había por lo menos media docena de piezas desclavadas. Eso sí lo había percibido antes. Antes de acostarme me siento en la cama y tiro mis zapatillas, ellas resbalan sobre el suelo llevándose consigo las piezas desclavadas que aparecen a su paso. Brindo por esas piezas que fueron mi salvación, mi arma de lucha contra la puerta.

No sé cómo me avivé, fue algo muy mecánico, como un instinto animal. Agarré una pieza y me paré y le hice frente a la puerta y coloqué el extraño clavito rectangular, que está detrás del parqué, en la minúscula abertura ubicada entre la puerta y el marco del ropero. Luego hice la famosa palanca y tocs. La puerta se abrió. Fui feliz en ese momento. Estaba en la gloria, el cambio fue tal que pasé de ser un ser inútil a ser otro ser, ¿seré el propio Mac Gyber? Fue sólo una cuestión de minutos.

Adentro del ropero estaba el *jean*, mi trofeo de guerra. Lo saqué torpemente desprendiéndolo de algo similar a un bolo alimenticio a todo color y hecho con ropa. Lo tiré arriba de la cama. Ya conocía la manera de abrir, cerré la puerta del ropero.

En la cama, buenas y pálidas: el *jean* estaba limpio pero tenía arrugas por doquier. No había tiempo para planchas. Había quedado con Cecilia para las nueve y media en la puerta del cine. Se me hacía tarde y tenía veinte minutos de

bici hasta el lugar. La película no me interesaba, pero no quería llegar tarde. Tampoco quería ir muy rápido, no me gusta llegar todo transpirado y meterme en una sala llena de gente. Había que salir en el acto.

Primero introduje la pierna izquierda y después la derecha. Luego enganché los dedos en esas tiritas que tienen los pantalones arriba, las que sirven para enhebrar los cinturones (a mí no me sirven para eso, no uso cintos), y tiré hacia arriba. El *jean* quedó en su posición. Después, uno a uno me fui prendiendo los botones de la bragueta.

Terminé con el *jean*, estiré mi cuerpo y bostecé para acompañar el movimiento. Me froté las palmas de las manos sobre las piernas para eliminar algunas arrugas o por lo menos suavizarlas. A simple vista no noté mucho el cambio. Pero no iba a gastar más tiempo en eso. Preferí sentarme en la cama para calzarme. Ninguna dificultad. Simplemente agarré las zapatillas y me las puse. Ya estaban atados los cordones, eso no me sorprendió, nunca me desato los cordones cuando me saco las zapatillas. Las agarro del talón y las descalzo. A esa actividad la llamo «descorchar los pies». Una vez que las tengo en mi mano, las lanzo a ras de piso para ver cómo resbalan sobre el parqué. Todavía no encontré un nombre para esta actividad, «patinaje» no termina de convencerme. En realidad, es horrible.

Me paré. Comencé a prenderme los botones de la camisa. Lo hice de abajo hacia arriba, por fin aprendí la lección. Antes comenzaba por la mitad o por cualquier lado. Cuando terminaba siempre tenía que desabrochar todo porque me quedaban botones sin pareja de ojales. Y viceversa. Empezar de abajo, abrochando la primera pareja ojal-botón, es el camino seguro. Desde que descubrí la receta; fue un hallazgo personal, o sea, nadie me aconsejó al respecto, aún no ha fallado, por el momento digo que es infalible.

Por una cuestión de comodidad y también de gustos personales, aunque a ciencia cierta éstos no fuesen tan personales, ya que deben haber sido afectados por las influencias que mis amigos implantaron en mi forma de ver las cosas y la gente, me dejé los dos botones superiores de la camisa desabrochados. Me siento mejor cuando estoy así. Los dos botones superiores son la frontera, la línea límite que hay que atravesar para alcanzar la transformación. Solamente abrochándome esos dos botones, paso de ser un pibe con estilo a ser un verdadero salchichón. Ese día no quise experimentar lo que se siente estar dentro de la piel de una persona considerada una salchicha, un chorizo u otro chacinado. Tal vez esa metamorfosis algún día me sirva para divertirme, difícilmente pueda hacerlo solo; con un poco de alcohol y amigos, seguramente sí.

Me senté en la cama de nuevo. Corroboré si toda la ropa que pensaba ponerme para la cita, las zapatillas de lona blancas y el *jean* claro, y la camisa a cuadritos con vivos azules, estaba sobre mi cuerpo. Así era, no me estaba olvidando de nada. Las prendas, perfectamente amoldadas a mi figura, hacían que me sintiese Dios. Ya no tenía nada que hacer en el cuarto. Apagué la luz amarilla y corrí de la cama al *living*.

El *living* estaba oscuro por culpa de las persianas que estaban bajas. En realidad, en ese momento no creo que la oscuridad fuera por eso. Unas horas atrás capaz que sí. Yo igual estaba durmiendo.

Corrí torpemente en la penumbra y prendí la luz amarilla. Todo era un desorden. Botellas sobre la mesita ratona y ceniceros desbordados sobre los apoyabrazos de los sillones y ropa amontonada en el suelo. Y la bicicleta desmayada en el piso. Parecía que alguien hubiese llegado en ella hasta ese sitio y se hubiese caído justo en ese lugar, en el medio del *living*, y se hubiese levantado, y la hubiese dejado abandonada allí, optando por seguir su camino a pata.

También sentí el olor, el olor a resacas. La noche anterior había sido demoledora para mi *living*. Eso no me sorprendió, el olor es el mismo todos los domingos.

—Mañana limpieza —dije en voz alta para cortar el silencio de cementerio que había en el lugar.

Cuando terminé de pronunciar la palabra limpieza, la rimé con cerveza, después seguí con cabeza, maleza, pereza, y terminé con torpeza. Me choqué contra la bici.

Necesitaba huir. Las llaves estaban puestas en la cerradura.

Apagué la luz amarilla del *living*. Otra vez quedó todo oscuro, desapareció el desorden. Salí. Cerré la puerta, desapareció el olor. Comencé a pedalear.

Crucé la calle. No vi la luz amarilla del semáforo. Tampoco a ese camión de verduras.